



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12308

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 19 DE JULIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Loretta, rue Caumartin 16; J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Lo de los 30.000

A la hora esta, aún no se ha comprobado lo que hubiera la noche del diez al once en Puerto Arturo. No hubo nada esa noche—dicen de Tokio.

Hubo un asalto por las tropas japonesas y quedaron treinta mil muertos sobre el campo—dicen de Petersburgo.

¿Hubo ó no hubo? Esta es la cuestión.

Si hubo y lo niegan desde la capital del Mikado, es una tontería. El tiempo todo lo descubre y treinta mil cadáveres no pueden ocultarse mucho tiempo. Si no hubo nada se encargará el tiempo de aclararlo, y entonces ¡qué plancha!

¿Se trata de un canard como el del combate frente á Puerto Arturo, que fué suscrito por el almirante Togo y en el que se fué á pitar un acorazado ruso que después se ha visto no tuvo novedad?

Lejos está el teatro de la guerra para comprobarlo; mas aunque así sea, hay sobre de indicios para creer que si hubo algo no alcanzó la importancia que ha querido dársele.

Vino la noticia al mismo tiempo de Londres, de París, de Petersburgo y de Tokio y con unanimidad rarísima de qué no hay ejemplo, coincidieron todas las agencias en la misma cifra: 30.000 cadáveres.

Al día siguiente dijo un despacho que eran cuarenta mil y hoy dice otro que fueron veinticinco mil.

¿Qué significa esa coincidencia tan rara en el número, cuando es tan difícil ponerse de acuerdo al apreciar la concurrencia a una manifestación ó á un míting? No hay que pensar mucho para comprenderlo. Esa noticia nació en cualquier parte; de allí la tomaron

las agencias y, claro es, coincidirán en los detalles y en la cifra.

Pero hay en una de las procedencias una cosa rara: en la de Tokio. ¿Como vino de allí la noticia sin que le pusiera veto la censura y hoy se afirma en un parte oficial de dicha población que no tiene ningún punto de verdad?

Eso es muy extraño. Si es verdad el desastre japonés y, como se afirma, lo niegan en Tokio esperanzados en que una buena nueva puede neutralizar aquella mala, para darla entonces, hay que creer una cosa: que el telegrama de la capital japonesa referente al desastre y la muerte de los treinta mil fué figurado.

Pero hay además otra cosa: la primera noticia oficial de Petersburgo es un telegrama recibido por «La Correspondencia de España» en el que se le dice haberse recibido en aquella capital un heliograma de Puerto Arturo confirmando el hecho.

Y hé aquí lo que sobre esto dice «El Liberal»:

«No hay más que un pequeño inconveniente para que se pueda dar crédito á esa supuesta comunicación. Y es que para transmitir un despacho heliográfico desde Puerto Arturo á Te-Che-Kiao ó á Niu-Tchuang, que son los puntos ocupados por los rusos más inmediatos á Puerto Arturo, se necesitarían una porción de estaciones heliográficas intermedias, puesto que cualquiera de esos dos puntos dista en línea recta la friolera de 215 kilómetros, y esas estaciones intermedias no existen, ni pueden existir, por la sencilla razón que los japoneses son dueños de ese territorio, en el que no ha quedado para muestra ni un soldado ruso.

Además, á cualquiera se le ocurre que si los moscovitas dispusieran de ese sistema de comunicación en Puerto Arturo, no habrían esperado cinco días para utilizarlo en esta ocasión, y aun siendo esta

lanzanza natural, con tiempo muy cerrado, no cabe admitir que desde que dio comienzo el sitio haya estado el tiempo siempre cubierto para no poder transmitir un solo despacho».

El argumento es de primera, y aunque no hubiese otros que inclinan á creer que no hubo nada, contribuye de un modo poderoso á agrandar nuestras dudas.

Dentro de quince días á lo más quedará todo en claro; y como no es posible que digan la verdad al mismo tiempo Rusia y el Japon, afirmando aquella y negando éste, alguno de los dos quedará al descubierto, confeso y convicto de haber ofendido á la verdad.

TIJERETAZOS

Se anuncian tres prebendas, que son: Dos plazas de ayudante sin retribución, con destino á la Escuela Superior de Comercio de Valencia.

Y una plaza de ayudante gratuito de la sección de Ciencias en el Instituto general y técnico de Pontevedra.

A ver los valientes que se disputan esas plazas.

Lo mejor que tienen es que cada una lleva anexo un seguro contra la indigestión.

Y eso no es cualquier cosa.

Dicen de Jaen: «Hace más de un mes que por cuenta del ayuntamiento se practicaba una obra en la calle Maestra, la más céntrica de Jaen y donde está situado el comercio.

El objeto de la obra era el arreglo de unas cañerías, por lo que hubo necesidad de abrir una zanja de unos dos metros de profundidad, tardando en el arreglo unos meses próximamente, cuando pudo hacerse en cuatro días.

Ayer, al quedar terminadas dichas obras, varios industriales organizaron una verbena, poniendo enfrente de la obra un trueno parente, donde, en letras grandes, se leía:

«Gracias á Dios!» Una murga de flautas, violines y guitarras amenizaba la tomadura.

Todo Jaen destiló por la calle Maestra comentándose tan feliz ocurrencia.»

Si eso han hecho en Jaen por una cañería ¡qué haremos aquí el día que acabe el arreglo de la plaza de España!

¿Y mientras una exposición de trapezones y caídas, en la que figurarán cuantas se han dado en aquellos vértices?»

Leemos: «A la hora que telegrama llega al juzgado de instrucción de Jaen, conducido por una pareja de la guardia civil, ofreciendo su semblante, un aspecto de relativa tranquilidad.

¿Que quien es? La verdad, nos lo habíamos dejado en el tintero.

Pues ese hombre tranquilo no hizo nada.

Salvo que asesinó á unos cónyuges, dándole á la mujer trece puñaladas y entorpeció al marido, es un alma de Dios.

Ahora á sumariarlo; luego á hacerlo comparecer en la audiencia; después á sentenciarlo á pena grave y más tarde á pedir el indulto.

Y que le sea leve la tierra al pobre matrimonio.

RECUERDOS DEL JAPÓN

Cuanto al Japon se refiere tiene en la actualidad verdadero interés para los lectores de todos los países.

Nación que revela su poder de un modo tan brusco é impenso, que aparece, en los confines del mundo antiguo como una rival de las naciones occidentales, que creían hasta aquí tener el monopolio de la civilización, es digna de estudio y se comprende que todo el mundo quiera conocer todos los detalles que pueden contribuir á revelar las causas de esa magnífica resurrección.

Un comandante italiano, el señor Bracchioli, que ha pasado mucho tiempo en el Japon, ha publicado unos estudios acerca del imperio del Sol Naciente.

Tomamos de esos estudios los siguientes párrafos:

«En muchos artículos publicados sobre el Japon en estos últimos tiempos, se ha formulado la duda de si la civilización de los japoneses tiene real valor; se ha repetido que no hacen más que imitar á los europeos; se les niega todo ingenio y se le

atribuye un odio feroz contra los extranjeros.

«He vivido mucho tiempo en el Japon; he contribuido—en mi modesta esfera—á instruir á muchos oficiales de artillería, conozco las costumbres de todas las clases sociales, y puedo, por lo mismo, apreciar la fudola, costumbres y capacidad intelectual de los japoneses.

«Se niega á los japoneses una verdadera civilización. Hay que ponerse antes de acuerdo acerca de lo que por tal se entienda.

«Para mí es un pueblo verdaderamente civilizado, cuando tiene costumbres pacíficas, relaciones familiares y sociales afectuosas y correctas, instrucción difundida entre las masas, elevado sentimiento de lo justo y de lo bello, orden y policía perfectas, altivez y nobleza de carácter.

«La plebe japonesa tiene mucho que admirar.

«La cortesía y afabilidad del japonés aun entre los plebeyos, son proverbiales.

«Esto hizo decir que «los japoneses son los franceses de Oriente».

«Y, por mi parte, no vacilo en afirmar que un hombre del pueblo en el Japon es tan cortés y afable como un hidalgo francés.

«El que durante varios años ha estudiado los hábitos, pescadotes y bracerías japoneses, sabe con cuánta delicadeza y cordialidad se tratan entre sí.

«En los festejos callejeros y reuniones públicas, no aparecen nunca cuchillos, no se oyen esas palabrotas, no se presencian esas disputas, no se falta al respeto á las mujeres como en todas las naciones occidentales.

«Para demostrar cuán afectuosas son las relaciones de familia, podría aducir miles de argumentos, cosa que no permiten los reducidos límites de este trabajo. Sólo citaré uno, pero es decisivo.

«Mueren, á veces, los padres de una familia numerosa. En seguida, las familias amigas y conocidas recogen á los huérfanos, y estos se convierten en hijos de la familia que los ampara, y se los alimenta y educa y quiere como á los hijos verdaderos.

«En el Japon no hay hospicio!»

«Se acusa á los japoneses de un vivo sentimiento de hostilidad contra los extranjeros.

«He recorrido el Japon de un extremo á otro; he permanecido algunos días en pueblos que no habían visto todavía á ningún

veces me has dicho que me ponga colorada por cualquier cosa.

—¡Miren la picareta! ¡Pues no se vale de mis propios argumentos para confundirme!

Vaya, vaya; me avengo á esperar, pero ojalá que se olvide nada.

Entre tanto, á mi coronel me atengo y no le perdono por nada.

Jorge se avino á ello de buena voluntad; empezó por contar su infancia, cuyos felices días corrieron en medio de la placida calma en la casita humilde de su padre; habló luego de las primeras impresiones de su juventud y de las bondades que tanto á Gustavo como á él les había prodigado Mr. D'Arny; pintó el apasionado afecto que había experimentado y profesaba aun á la sobrina de su protector y maestro, é hizo la más fervorosa apología de las cualidades y de las virtudes de Eugenia.

Blanca había prestado la atención más viva á la relación de Jorge, más su palidez hubiera dado á entender la emoción profunda que la sobrecojió al oír hablar de una rival, si Dietrich no la hubiera llamado á su conocimiento por medio de una rápida presión de mano.

—¿Y qué ha sido de esa joven? preguntó la condesa.

—La prometida de Gustavo vino á serlo mía por recomendación del grande hombre que la había servido de padre.

Mas la noticia prematura de la muerte mia acabó de abrumarla, y se ha retirado á un claustro, donde ha hecho votos que me temo mucho no podré romper.

Blanca respiró. —Condénate estoy á no poder dulcificar la suerte de la que fue hermana de mi juventud, cuya memoria me ha servido de escudo en los azares de los combates, y á cuya felicidad había jurado consagrar mi vida.

Deber mio es hacer una tentativa para determinarla á volver al siglo, y lo cumpliré.

Este proyecto es digno de vos, coronel, y tomo la parte más sincera en vuestros pesares.

Para probaroslo, rogaré á mi padre que cambie el rumbo y vayamos á Francia antes de dirigirnos á Italia.

De ese modo tendremos el gusto de acompañar en su satisfacción á vuestra carifloso madre.

—Ya lo había pensado yo, mi querida María, y si no tiene inconveniente en ello el coronel.

—¡Encantadora oratoria ¡valor!

Esta sola expresión y la mirada afectuosa que la acompañaba reanimaron á Blanca; sus hermosos colores reaparecieron en el rostro, y la alegría substituyó al abatimiento que se había apoderado de su capirita.

—Mamá: ya estoy buena, dijo volviéndose hacia la condesa, mira.

«Esta circunstancia, que hubiera pasado desapercibida en cualquier otro momento, confirmó las suposiciones de María, y después de haberle manifestado á su hija la satisfacción que la causaba al verla repuesta, formó en su interior la resolución de interrogarla y de sondar sus inclinaciones respecto á Jorge.

La condesa habría quedado satisfecha del giro que iban tomando las cosas, si hubiera podido figurarse que el coronel correspondía al afecto de Blanca.

Desgraciadamente sabía que esto no podía ser, y tal situación la inspiraba una inquietud fácil de adivinarse.

Dietrich lo observó porque estaba acostumbrado á leer en el corazón de su hija y el cuidado de toda su vida había sido adivinarlo para alejar de ella los pesares.

— Ya estoy en ello y lo sé, le dijo en voz baja.